—Sólo que tú no eres razonable; ayer mismo te vi yo encima del techo de los Mercados; además, te reunes con una pandilla de desarrapados y de picaronas. Ahora eres ya todo un hombre; pero es menester que pienses en lo porvenir.

—Sí, señora Lisa.

La bella salchichera tuvo que responder a una dama que iba a encargar una libra de costillitas con pepinillos. Separóse del mostrador y se dirigió al tajo, en el fondo de la tienda. Una vez allí, con un cuchillo delgado separó tres costillitas de un pedazo de cerdo; y, levantando el machete, con el puño desnudo y sólido, dió tres golpes secos. A cada golpe su falda de merino negro se levantaba ligeramente por detrás, en tanto que las ballenas de su corsé se marcaban en la ajustada tela del cuerpo. Mostraba Lisa una gran seriedad, con los labios sumidos y claros los ojos, al recoger las costillitas y pesarlas con toda lentitud.

Cuando la dama hubo partido y vió Lisa a Marjolin, entusiasmado por haberla visto dar aquellos tres machetazos tan limpios y tan duros.

—¿Cómo? ¿Pero estás ahí todavía?—exclamó.

Y Marjolin iba a salir de la tienda, cuando Lisa lo retuvo.

—Escucha—le dio.—Si te vuelvo a ver con esa pindonguilla de Cadina... No digas que no. Esta mañana mismo estabais juntos en la tripería, viendo despedazar cabezas de carnero... No comprendo ni me cabe en la cabeza que un buen mozo como tú pueda complacerse en estar con esa arrastrada, con esa trotona... Vamos, ve a decir al señor Gavard que venga en seguida, ahora que no hay nadie.

Marjolin se marchó confuso, con aspecto de desesperación, y sin responder una palabra.

La hermosa Lisa permaneció en pie detrás de su mostrador, con la cabeza un tanto vuelta hacia la parte de los Mercados; y Florencio la contemplaba, mudo, asombrado de encontrarla tan hermosa. La había visto mal hasta entonces; no sabía mirar a las mujeres. Lisa se le aparecía por cima de las carnes del mostrador. Delante de ella se ostentaban, en fuentes de porcelana blanca, los salchichones de Arles y de Lyon ya comenzados, las lenguas y los pedazos de cerdo cocidos en agua, la cabeza de cerdo anegada en gelatina, una caja de salchichas abierta y una lata de sardinas cuyo roto metal mostraba un lago de aceite; además, a derecha e izquierda, en varias planchas, panes de queso de Italia y de queso de cerdo, un jamón ordinario de color rosa pálido, un jamón de York de sangrienta carne, bajo una envoltura de grasa. Y había además fuentes redondas y ovaladas, las fuentes de lengua embutida, de gelatina trufada, de cabeza con pistachos; en tanto que muy cerca de ella, casi bajo su mano, estaban la ternera mechada, el pastel de hígado, el pastel de liebre, en lebrinitos amarillos.

Como Gavard no se presentaba, arregló Lisa la grasa del pecho en el pequeño estante de mármol, al extremo del mostrador; alineó el tarro de manteca de cerdo y el pote de grasa de asado, secó los platillos de las dos balanzas, palpó el calentador cuya llama expiraba, y, sienciosa, vovió de nuevo la cabeza y se puso a mirar al fondo de los Mercados. Subía el tufillo de las carnes, y Lisa estaba como presa, en su tranquilidad pesada, por el olor de las trufas. Aquel día tenía una frescura soberbia; la blancura de su delantal y de sus manguitos continuaba la blancura de las fuentes, hasta su cuello grueso, sus mejillas rosadas, en las cuales revivían los suaves tonos de

los jamones y la palidez de las grasas transparentes. Intimidado a medida que la contemplaba, inquietado por aquella cuadratura correcta, Florencio acabó por examinarla a hurtadillas, en los espejos, alrededor de la tienda. Lisa se reflejaba en ellos de espalda, de frente, de perfil; hasta en el techo la hallaba el deportado, cabeza abajo, con el moño apretado y sus delgados bandos pegados sobre las sienes. Era aquello toda una muchedumbre de Lisas, mostrando la anchura de los hombros, el poderoso nacimiento de los brazos, el pecho redondeado, tan mudo y tan distendido, que no despertaba ningún pensamiento carnal, y se parecía a un vientre. Detúvose Florencio, complaciéndose sobre todo en observar uno de sus perfiles, que veía en un espejo a su lado, entre dos mitades de cerdo. A lo largo de los mármoles y espejos, colgados de las barras de garfios, pendían cerdos y tiras de tocino, y el perfil de la salchichera, con sus líneas fuertes y redondeadas, su seno que avanzaba, ponía entre ellos una efigie de reina ajamonada en medio de aquellas mantecas y de aquellas carnes crudas. Después la hermosa salchichera se inclinó y sonrió de un modo amistoso a los dos peces encarnados que nadaban continuamete en el acuario del escaparate.

Gavard entraba. Fué al punto en busca de Quénu a la cocina, con aire de importancia. Cuando se hubo sentado de media anqueta en una mesita de mármol, dejando a Florencio en su silla, a Lisa en su mostrador, y a Quénu apoyado de espaldas contra un medio cerdo, anunció por fin que había encontrado una colocación para Florencio, que iban a reirse en grande y que el gobierno quedaría lindamente burlado.

Pero se interrumpió bruscamente, al ver entrar a mademoiselle Saget, que había empujado la puerta de la tienda, después de haber visto desde el arroyo la numerosa reunión que conservaba en casa de los Quénu-Gradelle. La viejecilla, vestida con un traje desteñido, acompañada por el eterno capazo negro que llevaba al brazo, cubierta con un sombrero de paja negra, sin lazos, que encuadraba un rostro blanco en un fondo de sombra solapada, dirigió un pequeño saludo a los hombres y una desdentada sonrisa a la salchichera. Era una conocida; vivía aún en la casa de la calle Pirouette, en la que moraba desde hacía cuarenta años, pagándola a no dudar con alguna pequeña renta de que no hablaba nunca. Un día, no obstante, había mencionado a Cherburgo, añadiendo que allí había nacido. Nunca se pudo saber más acerca de ella. No hablaba más que de los otros, refiriendo las vidas ajenas hasta el punto de decir el número de camisas que cada cual daba a lavar cada mes; y llevaba la necesidad de penetrar en la vida privada de los vecinos hasta tal extremo, que escuchaba detrás de las puertas y despegaba los sobres de las cartas. Su lengua era temida desde la calle de San Dionisio hasta la calle de Juan Jacobo Rousseau, desde la calle de San Honorato hasta la calle de Mauconseil. Durante el día entero, iba de una parte a otra con su capazo vacío, con pretexto de hacer provisiones, no comprando nada, tomando y dando noticias, poniéndose al corriente de los más insignificantes sucesos, y logrando llegar de esta suerte a almacenar en su cabeza la historia completa de las casas, de los pisos, de las personas todas del barrio. Quénu la había acusado siempre de haber divulgado el rumor de que el tío Gradelle había muerto sobre la tabla de picar; desde aquel entonces le conservaba rencor. Por

otra parte, mademoiselle Saget sabía muy bien a qué carta quedarse respecto al tío Gradelle y a los Quénu; los detallaba, se los cogía por los cuatro costados, se los sabía "de memoria". Pero, desde hacía quince días, la llegada de Florencio la desorientaba, la abrasaba con una verdadera fiebre de curiosidad. Se ponía mala cuando se abría en sus anotaciones algún agujero imprevisto. Y sin embargo, la vieja juraba y perjuraba que ya había visto a aquel gran petardista en alguna parte.

Mademoiselle Saget se quedó delante del mostrador, contemplando las fuentes unas tras otras, y diciendo con adelgazada voz:

—Ya no sabe una qué comer. Cuando llega la tarde, vago como un alma en pena buscando algo para la comida... Por otra parte, no me apetece nada... ¿Le quedan a usted costillas rebozadas, madame Quénu?

Sin aguardar la respuesta, levantó una de las tapaderas del calentador. Era el lado de los chorizos, de las salchichas y de las morcillas. El calentador estaba frío, y no había en él más que una salchicha, olvidada sobre la parrilla.

—Vea usted en el otro lado, mademoiselle Saget—dijo la salchichera.—Creo que queda una costillita.

—No, esto no me conviene—dijo a media voz la viejecilla, que, no obstante, metió las narices bajo la segunda tapadera.—Tenía un capricho, pero las costillitas rebozadas son indigestas, de noche... Prefiero otra cosa que no tenga que calentar siquiera.

Habíase vuelto hacia Florencio, y le miraba; miraba también a Gavard, que tocaba una retreta con las yemas de los dedos sobre la mesa de

mármol; y, con una sonrisa les invitaba a que continuasen su conversación interrumpida.

—¿Por qué no compra usted un pedacito de adobo?—preguntó Lisa.

—Un pedacito de adobo, sí... No está mal...

Tomó el tenedor con mango de metal blanco colocado en el borde de la fuente, desdeñosamente, pinchando cada pedazo de adobo. Daba leves golpecitos en los huesos para juzgar de su espesor, les daba la vuelta, y examinaba cada pedazo de rosada carne, repitiendo:

—No, no, esto no me apetece.

—Entonces, tome usted una lengua, un pedazo de cabeza de cerdo, una raja de ternera picada—dijo pacientemente la salchichera.

Pero mademoiselle Saget movía la cabeza. Aún permaneció allí algunos instantes, haciendo mohines de disgusto al mirar cada fuente; después, al ver que decididamente se habían callado todos y que no podría averiguar nada, se marchó diciendo:

—No, mire usted; tenía deseos de comprar una costillita rebozada, pero la que le queda a usted es demasiado grasa... Otra vez será.

Lisa se inclinó para seguirla con la mirada, al través de los redaños del escaparate. Vió a la vieja atravesar el arroyo y entrar en el pabellón de las frutas.

—¡Esa cabra vieja!—gruñó Gavard.

Y cuando quedaron solos, contó qué colocación había encontrado para Florencio. Fué toda una historia. Uno de sus amigos, el señor Verlaque, inspector de los pescados, estaba enfermo hasta tal punto, que se veía obligado a pedir una licencia. Aquella misma mañana le había dicho el pobre hombre que se alegraría mucho de poder proponer él mismo al que había de reemplazarle,

con objeto de conservar para sí la plaza si llegaba a curarse.

—Ya comprenderán ustedes—añadió Gavard—que Velarque no se repondrá en seis meses. Florencio se quedará con el destino. Es una colocación muy aceptable. Y ya hemos metido en el ajo a la policía, porque el puesto depende de la prefectura. ¿Eh, qué tal? Sería divertidísimo el ver a Florencio yendo a cobrar dinero de esos sayones...

Y se reía con toda su alma, pues aquello le parecía profundamente cómico.

—No quiero esa colocación—dijo rotundamente Florencio.—Me he jurado a mí mismo no aceptar nada del imperio. Me dejaría morir de hambre antes que entrar en la prefectura. Es imposible, ¿entiende usted, Gavard?

Gavard oía y estaba un tanto embarazado. Quénu había bajado la cabeza. Pero Lisa se había vuelto, y contemplaba fijamente a Florencio, con el cuello hinchado, con el seno reventado en el corpiño. Iba ya a abrir la boca, cuando entró la Sarriette. Hubo un nuevo silencio.

—¡Bueno va!—exclamó la Sarriette con su blanda risa;—ya se me olvidaba comprar tocino... Madame Quénu, córteme usted doce lonjas, pero muy delgadas ¿verdad? Son para los pájaros... Ha sido Julio el que ha querido hoy comer pájaros... ¡Hola! ¿Está usted bien, tío?

Llenaba toda la tienda con sus amplias faldas. Sonreía a todo el mundo, mostrando su rostro de frescura de leche, despeinada por un lado por el viento de los Mercados. Gavard le había cogido las manos; y la Sarriette, con su habitual descaro, le dijo:

—Apuesto a que estaban ustedes hablando de

mí cuando he entrado. ¿Qué decían ustedes, tío?

Lisa la llamó.

—Mire usted, ¿están bastante delgadas así?

En un pedazo de tabla que tenía delante, la salchichera cortaba lonjas de tocino delicadamente. Después, mientras las envolvía, preguntós

—¿No necesita usted nada más?

—Hombre, sí; ya que me he molestado en venir—contestó la Sarriette,—deme usted una libra de manteca... Me gustan con delirio las patatas fritas; con diez céntimos de patatas fritas y un manojo de rábanos, tengo bastante para un almuerzo... Sí, una libra de manteca, madame Quénu.

La salchichera había colocado sobre uno de los platillos de la balanza una hoja de papel recio. Cogía la manteca del pote, colocado bajo el estante, con una espátula de boj, aumentando lentamente, con mano suave, el montón de grasa que se desparramaba un poco. Cuando cayó la balanza, Lisa quitó el papel, lo dobló, y le dió vueltas vivamente con la punta de los dedos.

—Son veinticuatro sueldos—dijo,—y seis de las lonjas de tocino, son treinta sueldos. ¿No necesita usted nada más?

La Sarriette dijo que no. Pagó, sin cesar de reir un momento, exibiendo los dientes, mirando a los hombres frente a frente, con la falda gris que se había vuelto un poco, y la pañoleta roja mal sujeta, que dejaba ver en el centro una línea blanca de su seno. Antes de salir, fué a amenazar a Gavard, repitiendo:

—¿De modo que no quiere usted decirme lo que hablaban ustedes cuando yo he venido? Le he visto a usted reir desde el medio de la calle... ¡Ah, pícaro! Ya no le quiero a usted.

Abandonó la tienda, y atravesó la calle co-

rriendo. La hermosa Lisa dijo secamente:

—Es mademoiselle Saget la que nos la ha enviado.

Después, continuó el silencio. Gavard estaba consternado por la acogida dada por Florencio a su proposición. La salchichera fué la primera en hablar, diciendo con muy amistosa voz:

—Hace usted muy mal, Florencio, en rechazar ese destino de inspector del pescado... Ya sabe usted cuán difícil es hoy encontrar una colocación. Está usted en una posición en que no puede usted tener escrúpulos.

—Ya he dicho mis razones—respondió Florencio.

Lisa se encogió de hombros.

—Vamos, eso no es serio ni razonable... Comprendo que, en rigor, no sea usted amigo del gobierno. Pero eso no impide que se gane usted el pan; sería demasiado tonto... Y además, el emperador no es un hombre malo, amigo mío. Yo le dejo a usted hablar cuando nos refiere usted sus padecimientos... Pero ¿acaso el emperador sabía siquiera que tenía usted que comer pan florecido y carne pasada? El no puede estar en todo. Ya ve usted que, a nosotros no nos ha impedido que hagamos nuestro negocio... No es usted justo, Florencio; no, no es usted justo, ni poco ni mucho.

Gavard estaba cada vez más cortado. No podía tolerar que, delante de él, se tributaran aquellos elogios al emperador.

—Ah, no, eso no, madame Quénu—murmuró. —Va usted demasiado lejos. Es todo de la canalla...

—Oh, usted—interrumpió la bella Lisa animándose,—usted no estará contento más que el día en que le roben y le maten por todas esas

historias... No hablemos de política, porque me haría usted montar en cólera... Aquí no se trata más que de Florencio, verdad? Pues bien; yo digo que debe absolutamente aceptar el destino de inspector. ¿No es esa tu opinión, Quénu?

Quénu, que no decía ni media palabra, se quedó muy cortado por la brusca pregunta de su mujer.

—Es un buen destino—respondió, sin querer comprometerse.

Y al ver que comenzaba otra pausa embarazosa:

—Os lo ruego, dejemos este asunto—dijo Florencio.—Mi resolución es irrevocable. Esperaré.

—¡Esperará usted!—exclamó Lisa perdiendo la paciencia.

Dos llamaradas de color de rosa le habían subido a las mejillas. Ensanchadas las caderas, puesta en pie, se contenía para no soltar una mala palabra. Entró una nueva persona, que desvió su cólera. Era madame Lecœur.

—¿Podría usted darme un plato variado de media libra a cincuenta sueldos libra?—preguntó.

Al pronto aparentó que no había visto a su cuñado; después le saludó con una inclinación de cabeza, sin decir palabra. Examinaba a los tres hombres de arriba abajo, esperando sin duda sorprender su secreto por el modo como esperasen que no estuviera ella allí. Comprendía que les incomodaba, y esto la tornaba más angulosa, más agria, dentro de sus desmañadas faldas, con sus grandes brazos de araña y sus enlazadas manos, que tenía debajo del delantal. Como exhalara una ligera tosecilla:

—¿Se ha resfriado usted?—dijo Gavard embarazado por aquel silencio.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Madame Lecœur respondió un "no" muy seco. En los lugares en que los huesos le atravesaban el rostro, la piel, estirada, era de un rojo de ladrillo, y la llama sorda que quemaba sus párpados anunciaba alguna enfermedad del hígado, que latía en sus celosas acritudes. Volvióse hacia el mostrador, siguiendo cada ademán de Lisa, con la mirada de desconfianza de una parroquiana convencida de que la van a robar.

—No me ponga usted morcilla—dijo.—No me hace gracia.

Lisa había cogido un cuchillo delgado y cortaba rajas de salchichón. Pasó después al jamón al humo y al jamón ordinario, cortando lonjas muy finas, algo encorvada, con la vista clavada en el cuchillo. Sus manos regordetas, de vivo color de rosa, que tocaban las viandas con blanda ligereza, conservaban de ellas una especie de ductilidad grasienta, dedos ventrudos en las falanjes. Adelantó un barreño, preguntando:

—Quiere usted ternera mechada, ¿verdad?

Madame Lecœur pareció reflexionarlo largamente; después aceptó. La salchichera cortaba ya en los barreños. Cogía en el borde de un cuchillo de hoja ancha rodajas de ternera mechada y de pastel de liebre. Y ponía cada rodaja en medio de la hoja de papel, sobre la balanza.

—¿No me da usted cabeza con pistachos?—observó madame Lecœur, con su voz perversa.

Lisa tuvo que ponerle cabeza con pistachos. Pero la vendedora de mantequilla se ponía cada vez más exigente. Quiso dos ruedas de gelatina, que le gustaba mucho. Lisa, irritada ya, jugando llena de impaciencia con el mango de los cuchillos, se vió obligada a decirle que la gelatina era trufada y que no podían ponerla más que en los platos variados de a tres francos la libra. La

NSIDAD DE NU
BTECA UNIVE
LFONSO N
UES MONTERR

otra continuaba escudriñando las fuentes, buscando qué más iba a pedir. Cuando el plato variado estuvo pesado ya, fué preciso que la salchichera le añadiese gelatina y pepinillos. El bloque de gelatina, que tenía la forma de un pastel de Saboya, en medio de una plancha de porcelana, tembló bajo la mano de Lisa, brutal de cólera; y la salchichera hizo salpicar el vinagre al tomar, con las yemas de los dedos, dos grandes pepinillos del pote que estaba detrás del calentador.

—¿Son veinticuatro sueldos, verdad?—preguntó madame Lecœur sin apresurarse.

Veía perfectamente la sorda irritación de Lisa. Gozábase en ella, sacando las monedas con lentitud, como si se le perdiera la mano entre las piezas de diez céntimos de su bolsillo. Miraba a Gavard de reojo, satisfecha del embarazoso silencio que prolongaba su presencia allí, y jurando que no se iría, pues que andaban "de tapujos" con ella. Por fin la salchichera le puso su paquetito en la mano, y madame Lecœur tuvo que retirarse. Se marchó sin decir una palabra, lanzando una mirada larga alrededor de la tienda.

Cuando se hubo marchado la vieja, Lisa estalló.

—También es la de Saget la que nos ha enviado a esta otra. ¡Irá esa vieja chismosa a hacer que desfile por aquí toda la gente de los Mercados para saber lo que decimos!... ¡Y qué malas son!... ¿Cuándo se ha visto comprar chuletas rebozadas y platos variados a las cinco de la tarde? Reventarían de una indigestión antes de quedarse sin saber... Pues les aseguro que si la Saget me manda otra, van a ver de qué modo la reci-

VO LEON
A. T. NIA
"LOS"
EY, MEXICO.

bo. Aunque fuese mi misma hermana, la pondría de patistas en la calle.

Al ver la cólera de Lisa, los tres hombres se callaban; Gavard había ido a apoyarse de codos en la barandilla del mostrador, y se quedaba absorto, haciendo girar uno de los balaustres de cristal tallado, desprendido de la varilla de latón. Después, levantando la cabeza:

—Yo había considerado eso como una gran jugarreta.

—¿El qué?—preguntó Lisa extremecida aún.

—La plaza de inspector del pescado.

Lisa levantó las manos, miró por última vez a Florencio se sentó en la banqueta rellena de pelote del mostrador y no despegó más los labios. Gavard explicaba de cabo a rabo su idea; el más burlado, en resumen, sería el gobierno, a quien le costaría los cuartos. Repetía con complacencia:

—Amigo mío, esos belitres le han dejado a usted morir de hambre, ¿verdad? Pues bien, es necesario que ahora se deje usted nutrir por ellos... Es magnífico, y desde el primer momento me ha seducido la idea.

Florencio sonreía y seguía diciendo que no. Quénu, para dar gusto a su esposa, intentó buscar buenos consejos. Pero Lisa no parecía ya escucharle. Desde hacía un instante, miraba con atención hacia la parte de los Mercados. Bruscamente se volvió a poner en pie, exclamando:

—¡Ah! Ahora me envían a la Normanda. Peor para ella. La Normanda pagará por las otras.

Una gran morena empujaba la puerta de la tienda. Era la hermosa pescadera Luisa Méhudin, llamada la Normanda. Era ésta de una belleza atrevida, muy blanca y delicada de cutis, casi tan fuerte como Lisa, pero de mirar más desvergonzado y de pecho más viviente. Entró

airosamente, con su cadena de oro sonando sobre el delantal, los descubiertos cabellos peinados a la moda, y su corbata, un lazo de encajes que hacía de ella una de las reinas de la coquetería en los Mercados. Exhalaba un olor vago de pescado fresco; y en una de las manos, cerca del dedo meñique, tenía pegada una escama de arenque que ponía allí un toque anacarado. Las dos mujeres, que habían vivido en la misma casa, en la calle Pirouette, eran amigas íntimas, muy unidas por una punta de rivalidad que las hacía hablar una de otra continuamente. En el barrio se decía la bella Normanda, como decían la bella Lisa. Esto las oponía, las comparaba, las constreñía a sostener cada cual su fama de belleza. Inclinándose un poco la salchichera, desde su mostrador veía, en el pabellón de enfrente, a la pescadera, en medio de sus salmones y de sus rodaballos. Las dos se vigilaban mutuamente. La hermosa Lisa se apretaba más los corsés. La bella Normanda añadía sortijas a sus dedos y lazos a sus hombros. Cuando se encontraban, mostrábanse muy cariñosas, muy cumplidas, con los ojos furtivos bajo los párpados medio cerrados, buscando defectos. Hacían alarde de servirse la una en casa de la otra y de apreciarse mucho.

—Diga usted, ¿es mañana cuando hacen las morcillas?—preguntó la Normanda con su sonriente rostro.

Lisa permaneció fría. La cólera, muy poco frecuente en ella, era tenaz e implacable. Respondió que sí, secamente, de dientes para afuera.

—Es que... mire usted, me gusta a rabiar la morcilla caliente, cuando sale de la marmita. Vendré a comprar mañana.

Tenía clara conciencia de la mala acogida de

su rival. Miró a Florencio, que pareció interesarla; después, como no quería salir de la tienda sin decir algo, sin pronunciar la última palabra, tuvo la imprudencia de añadir:

—Anteayer le compré a usted morcilla... Por cierto que no estaba muy fresca.

—¡No estaba muy fresca!—repitió la salchichera, más blanca que el papel, con los labios temblorosos.

Probablemente se hubiera reprimido todavía, para que la Normanda no creyese que estaba despechada por causa de su corbata de encaje. Pero ya no se contentaban con espiarla, sino que iban a ofenderla, y esto pasaba ya de castaño obscuro. Se encorvó, apoyando los puños en el mostrador, y con voz un tanto enronquecida:

—¡Diga usted! La semana pasada, cuando me vendió usted aquel par de lenguados, ¿sabe usted? ¿Acaso fuí yo a decirle a usted delante de gente que estaban todos podridos?

—¡Podridos!... ¡Mis lenguados podridos!—exclamó la pescadera, con el rostro teñido de púrpura.

Quedáronse un instante sofocadas, mudas y terribles, sobre las carnes del mostrador. Toda su hermosa amistad salía pitando; una palabra había bastado para mostrar los agudos dientes bajo las sonrisas.

—Es usted una grosera—dijo la hermosa normanda.—¡Cualquier día vuelvo yo a poner los pies aquí!

—Vaya usted, vaya usted—dijo la bella Lisa.—Ya sabemos a qué atenernos.

La pescadera salió, después de una palabrota que soltó la salchichera, temblando de pies a cabeza. La escena había pasado tan rápidamente, que los tres hombres, aturdidos, no habían tenido tiempo de intervenir. Lisa se reportó muy pronto. Volvía a emprender la conversación, sin hacer la menor alusión a lo que acababa de ocurrir, cuando entró de la calle Agustina, la criada de la tienda.

Entonces Lisa llamó aparte a Gavard y le dijo que no diese ninguna contestación al señor Verlaque; ella se encargaba de decidir a su cuñado, y sólo pedía dos días de tiempo, todo lo más. Quénu volvió a la cocina. Cuando Gavard se llevaba a Florencio y entraban a tomar un vermouth en casa del señor Lebigre, le mostró tres mujeres, en la calle cubierta, entre el pabellón de pescado fresco y el pabellón de las aves.

—Están de chismorreo—murmuró Gavard con aire de envidia.

Vaciábanse los Mercados, y allí estaban, en efecto, mademoiselle Saget, madame Lecœur y la Sarriette, en el borde de la acera. La solterona peroraba.

—Cuando yo se lo decía a usted, madame Lecœur. Su cuñado de usted está metido siempre en la tienda de ellos... Lo ha visto usted, ¿verdad?

—¡Oh! Con mis propios ojos. Estaba sentado encima de una mesa. Lo mismo que si estuviera en su casa.

—Yo—interrumpió la Sarriette—no he oído nada de malo. No sé a qué vienen todas esas suposiciones.

Mademoiselle Saget se encogió de hombros.

—¡Ah! Bueno—repuso.—Usted es todavía de buenas tragaderas, preciosa mía... Pero, ¿no ve usted por qué quieren los Quénu atraerse a Gavard? Yo apuesto cualquier cosa a que dejará cuanto tiene a la niña, a Paulina.

—¡Usted cree eso!—exclamó Madame Lecœur, lívida de furor.

Después prosiguió con voz doliente, como si acabase de recibir un golpe tremendo:

—Yo soy sola, no tengo quien me defienda... Ese hombre puede hacer lo que se le antoje... Ya ha oído usted... Su sobrina se pone de su parte. Ha olvidado ya todo lo que me cuesta, y sería capaz de entregarme atada de pies y manos.

—No, no, tía—dijo la Sarriette.—Usted es la que no ha tenido nunca más que malas palabras para mí.

Se reconciliaron inmediatamente y se besaron. La sobrina prometió no volver a hacerla enfadar; la tía juró, por lo más sagrado que para ella existía, que consideraba a la Sarriette como a su propia hija. Entonces mademoiselle Saget les dió consejos respecto al modo como debían conducirse para obligar a Gavard a que no derrochase su fortuna. Quedó establecido que los Quénu eran unos cualquier cosa, y que les vigilarían.

—No sé qué demonios ocurrirá en su casa—dijo la solterona;—pero no me huele nada bien. ¿Qué piensas ustedes de ese Florencio de ese primo de madame Quénu?

Las tres mujeres se acercaron más, bajando la voz.

—Bien saben ustedes—repuso madame Lecœur,—que le vimos una mañana, con los zapatos rotos, la ropa llena de polvo y con todo el aspecto de un ladrón que ha dado un mal golpe... Ese individuo me da miedo.

—No; está flaco, pero no es un mal hombre—murmuró la Sarriette.

Mademoiselle Saget reflexionaba, pensando en voz alta:

—Estoy indagando hace quince días, me devano los sesos... El señor Gavard le conoce, con toda seguridad... Yo he debido de verle en alguna parte, pero no recuerdo dónde.

Aún estaba hurgando en su memoria, cuando llegó la Normanda como una tormenta. Acababa de salir de la salchichería.

—Está muy bien educada, esa animalaza de la Quénu—exclamó la pescadera, dichosa por poder desahogarse.—¡Pues no acaba de decirme que yo vendo pescado podrido!... ¡Ah! ¡Buena la he puesto! ¡Vaya un barracón, con esas porquerías averiadas que envenenan a la gente!

—¿Pero qué es lo que le ha dicho usted?—preguntó la vieja, gozosísima, entusiasmada, al enterarse de que las dos mujeres se habían peleado.

—¿Yo?... Nada absolutamente. Ni esto siquiera... Había yo entrado con toda amabilidad a prevenirle que iría a comprar morcilla mañana por la tarde, y entonces me ha dicho las mil necedades... Maldita hipócrita... con su aire de honradez... Me las pagará, y más caras de lo que se cree.

Las tres mujeres comprendían muy bien que la Normanda no les decía la verdad; pero no por ello hicieron menos coro a su riña con una ola de malas palabras. Volvíanse hacia el lado de la calle de Rambuteau, insultantes, inventando chismes sobre la suciedad de la cocina de los Quénu, hallando acusaciones verdaderamente prodigiosas. Si los salchicheros hubiesen vendido carne humana, la cólera de aquellas mujeres no hubiera sido más amenazadora. Fué preciso que la pescadera volviera a empezar su narración por tres veces.

—¿Y el primo? ¿Qué ha dicho el primo?—pretó perversamente mademoiselle Saget.

—¡El primo! —respondió la Normanda con voz aguda.—¿Usted cree en el primo?... ¡Vaya un enamorado, el muy pazguato!

Las otras tres comadres gritaron protestando. La honradez de Lisa era uno de los artículos de fe del barrio...

—¡Dejen ustedes! ¿Acaso se puede saber nunca, con esas santas de pega, que no son más que grasa? ¡Quisiera yo ver su virtud sin camisa!... ¡Tiene un marido demasiado calzonazos para no ponerle cuernos!

Mademoiselle Saget movía la cabeza, como diciendo que no estaba muy lejos de compartir aquella opinión. Dulcemente repuso:

—Tanto más cuanto que el primo ha venido no se sabe de dónde, y que la historia contada por los Quénu es bastante desmañada.

—¡Oh! Es el amante de la gorda—afirmó de nuevo la pescadera.—Algún tunante, algún vago a quien habrá recogido del medio del arroyo. Eso está clarísimo.

—Los hombres flacos son muy fuertes—declaró la Sarriette con acento de convicción.

—Se ha vestido de nuevo de pies a cabeza—hizo observar Madame Lecœur.—No ha debido de costarle poco.

—Sí, sí, podría usted muy bien tener razón—murmuró la solterona.—Será necesario que averigüemos...

Entonces se comprometieron a tenerse al corriente unas a otras de lo que ocurriera en la pocilga de los Quénu-Gradelle. La vendedora de mantequilla sostenía que quería abrir los ojos a su cuñado acerca de las casas que frecuentaba.

Entretanto, la Normanda se había sosegado un poco; se marchó, cansada de haber dicho demasiado, porque en el fondo era buena muchacha. En cuanto se hubo alejado, dijo solapadamente Madame Lecœur:

—Estoy segura de que la Normanda se habrá puesto hecha una insolente; es su costumbre... Haría muy bien en no hablar de los primos que caen como llovidos del cielo, después de haber encontrado un niño en su puesto de pescado...

Las tres se echaron a reir, mirándose. Después, cuando Madame Lecœur se hubo alejado a su vez:

—Mi tía, hace muy mal en preocuparse por todas estas cosas; eso la hace adelgazar—dijo la Sarriette.—Me pegaba cuando me miraban los hombres... Buena está también, se lo aseguro a usted...

Mademoiselle Saget se rió de nuevo. Y en cuanto se halló sola, al doblar la esquina de la calle Pirouette, pensó que "aquellas tres pécoras" no valían lo que costara una cuerda para ahorcarlas. Por otra parte, sería una necedad grandísima el pelearse con los Quénu-Gradelle, personas ricas y muy estimadas al fin y a la postre. Dió un rodeo, y fué a la calle de Turbigo, a la panadería de Taboureau, la más hermosa panadería del barrio. Madame Taboureau, que era íntima amiga de Lisa, tenía en todas las cosas una autoridad incontestable. Cuando se decía "madame Taboureau ha dicho esto, madame Taboureau ha dicho lo otro", no había que hacer más que inclinarse. La vieja señorita, con pretexto, el día aquel, de saber a qué hora estaría el horno caliente, para llevar una fuente de peras, dijo mil elogios de la salchichera y se deshizo en alabanzas de la limpieza y de la excelencia de sus morcillas. Después, contenta por aquella compensación moral, encantada por haber atizado el fuego de la ardiente batalla que